SERMONES QUE ILUMINAN

Cristo Rey (A)
LCR: Ezequiel 34:11–16,20–24; Salmo 95:1–7a; Efesios 1:15–23; San Mateo 25:31–46.

¡Gracia, misericordia y paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, nuestro Rey y Señor!

Al llegar al final de nuestro año litúrgico, celebramos a Jesucristo, Rey del Universo. Esta fiesta es una proclamación de fe, una declaración de esperanza y una invitación radical a revisar nuestras vidas: ¿Quién reina en nuestros corazones? ¿Quién dirige nuestros pensamientos y decisiones? Y ¿A quién estamos sirviendo?

La Iglesia termina el año proclamando que Cristo es el principio y el fin, el Alfa y la Omega, el centro de nuestra fe y de la historia de la salvación. Como nos recuerda san Pablo, Dios puso todas las cosas bajo los pies de Cristo y lo constituyó cabeza de la Iglesia, plenitud de aquel que llena todas las cosas. En esta fiesta debemos comprender algo fundamental: Jesucristo no es un rey como los reyes de este mundo.

Vivimos en un tiempo en el que se debilitan muchas democracias, crecen los autoritarismos y se concentra el poder en manos de unos pocos. Con frecuencia el poder se utiliza para dominar, el liderazgo para ejercer opresión y la política para la búsqueda de riqueza. Por eso, celebrar a Cristo Rey, además de ser una proclamación profundamente espiritual, es también un acto social y político en el sentido más amplio de la palabra: ninguna autoridad está por encima de la dignidad humana y ningún sistema puede exigirnos abandonar el amor, la justicia y la verdad que fueron las prácticas de Jesús.

El reino que Jesús proclamó es uno sin armas, violencia, intimidación, corrupción, o humillación. Jesús no vino a buscar fama, riquezas o privilegios. Vino a amar y a servir. Él reinó lavando los pies de sus discípulos, sentándose a la mesa con pecadores, sanando a los enfermos, perdonando y devolviendo la dignidad a quienes la habían perdido. ¡Qué Rey tan diferente! Sin ejércitos, sin armas, sin esclavos, sin cortes. Él es el Rey que, para la humildad, es camino de proclamación del reino de Dios. Fue valiente en el amor; no fue indiferente ante la injusticia ni guardó silencio ante el desprecio a los pobres; su misericordia transformó vidas, su verdad incomodó a los poderosos y su fidelidad al Padre lo llevó hasta la cruz.

Y ¿qué nos enseno Jesús sobre su reino? El Evangelio de san Mateo nos sorprende con el discurso del juicio final, en el cual Jesús reúne a todas las naciones y dice: «Vengan ustedes, los que han sido bendecidos por mi Padre; reciban el reino que está preparado para ustedes desde que Dios hizo el mundo. Pues tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; anduve como forastero, y me dieron alojamiento. Estuve sin ropa, y ustedes me la dieron; estuve enfermo, y me visitaron; estuve en la

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Segunda Avenida, Nueva York, N.Y. 10017.
© 2026 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

cárcel, y vinieron a verme». ¡Qué manera tan extraordinaria de describir el reino de Dios! Jesús no pregunta cuántos títulos tenemos, cuánto dinero hemos acumulado ni cuántas personas nos admiran. Nos pregunta si hemos amado y cuánto hemos amado. ¿Qué hicimos cuando alguien tuvo hambre, cuando una persona estuvo sola, cuando un inmigrante llamó a nuestra puerta, cuando un enfermo necesitó compañía o cuando alguien fue privado de su libertad?

Y Él declara: «Todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron». ¡Aquí está el corazón de nuestra celebración de la fiesta de Cristo rey! Cristo se identifica con quienes el mundo considera insignificantes. Su rostro está presente en quien tiene hambre, en quien vive en la calle, en quien busca refugio, en el inmigrante, en el enfermo, en quien vive en soledad y en quienes están en prisión o en un centro de detención. No podemos separar nuestra devoción a Cristo de nuestro compromiso con el prójimo. No podemos proclamar a Jesús como Rey y cerrar los ojos ante el sufrimiento de nuestros hermanos. La pregunta no es solamente si creemos en Cristo, sino si estamos dispuestos a vivir los valores del reino que Él proclama.

El amor de Cristo no es una emoción pasajera; es una fuerza profunda que transforma nuestras relaciones, comunidades y estructuras sociales. El reino de Dios se hace presente cada vez que permitimos que el amor de Cristo gobierne nuestros pensamientos y decisiones; cada vez que dejamos de preguntarnos si una persona merece nuestro amor y empezamos a amarla como Cristo nos ama. Nuestra comunidad tiene una oportunidad extraordinaria de ser del reino y de dar testimonio de este reino. Cuando personas de diferentes culturas y lenguas se reúnen alrededor de una misma mesa, cuando nos escuchamos con respeto, acogemos al recién llegado, acompañamos a las familias en dificultades y servimos a quienes necesitan ayuda, proclamamos que existe otra manera hermosa de vivir. El mundo no tiene que estar gobernado por el miedo, el odio y la exclusión, sino por el amor, la justicia, la compasión y la paz de Cristo.

Hermanas y hermanos, ¡qué maravilloso es tener a Cristo como nuestro Rey! La última palabra no pertenece a los dictadores, a los autoritarios, ni a los gritos de odio y de muerte. Pertenece al Dios de la vida, de la justicia, de la paz y de la misericordia. Que esta fiesta no sea solamente el final de un año litúrgico, sino el comienzo renovado de una vida fiel en Cristo y para Cristo.

¡Cristo es Rey! Su corona es de amor, su trono, la cruz y su reino se hacen visibles cada vez que una persona es amada, alimentada, acogida, sanada y defendida. ¡Que llegue su reino y se haga su voluntad aquí en la tierra como en el cielo!

¡A Él sea la gloria y el honor, ahora y por siempre! Amén.

El Reverendísimo Fabio Sotelo *es el Rector de la Iglesia San Eduardo, en Lawrenceville, Georgia. Recibió una maestría en filosofía y literatura en la Universidad Santo Tomas de Bogotá, Colombia, una maestría en Teología en la Universidad de Santa María, Emmitsburg, Maryland y actualmente adelante un Doctorado en Liturgia en la Universidad del Sur, Suwannee, Tennessee. Con su esposa Claudia son padres de tres hijas, muy hermosas: Melanie, Samantha y Briana. Juega Tenis y lee literatura, política y teología.*

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Segunda Avenida, Nueva York, N.Y. 10017.
© 2026 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.